

dulce angustia de las reconciliaciones, de esa remembranza ruborosa de las primeras citas, del amor extático y encendido. ¿Quién no conoce su *Apaisement*?

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

El que transparentan estos versos musicales es un dulce, un puro sentimiento de amor. No lo creáis, sin embargo, en exceso apegado a la blanda renuncia de la carne, a la imposible extinción del deseo. Es sólo la tregua:

me sabes tuyo; te recuerdo mía;

es el descanso tras la batalla de amor que nunca ha terminado donde se creyó. Pero, ¿cuándo el hombre se ha detenido ante algo? Su destino es perseguir lo lejano, lo distante y lo ignoto, violar el misterio y vencer la última esfinge.

Son del color del agua tus pupilas,
del color del agua del mar.
Desnudas en ellas se sumerge mi alma
con sed de amor y eternidad.

Siempre será vencido, es cierto, pero persiste y se obstina. El poeta, en otros versos, ha evocado también la tímida resistencia del alma amante ante el objeto de su amor. Pero bien sabemos todos cómo es inútil esa misteriosa e inexplicable resistencia. El sentimiento lo traspasa y exalta todo; en todo penetra, y a todo imprime su sello angustioso y libertador.

¿Quién ha dicho que ya en nuestros días no se da el hombre del Renacimiento, sabio y sentimental, pensador y artista, amante desinteresado de la vida, enamorado acaso del espectáculo del mundo, y sereno según todas las apariencias? Magallanes lo fué. Cuando se le rememore, será el poeta—un poeta purísimo, en el que la forma tiene rasgos que denuncian la batalla, ardua a veces, entre el arte y lo espontáneo—el que primero acuda. Pero no será posible olvidar al pintor, al novelista, al dramaturgo. Y si hubiésemos vivido días heroicos, ¿no habría el poeta formado en ejércitos como ese Garcilaso de alma columbina, en cuyos versos no pudo persistir el resonar enconado de las armaduras?

Este poeta ha muerto cuando más falta tal vez hacía su voz cordial y prestigiosa. Hace algunos años estrechamos un instante su mano fuerte y tostada, como su cara, por los soles libres de nuestra tierra. Oímos entonces—para yo no olvidarla—su palabra dulce, semivelada por algo oculto que,

sin embargo, formaba como un aura en torno a su sencilla silueta siempre enlutada. Oyéndole se recibía la caricia melancólica del dolor, de su dolor. Era algo impalpable, más fluido y blando que cualquier cosa de la tierra. Su dolor era la resignación, el renunciamiento definitivo que a otros arroja en el sombrío regazo monacal. El, en cambio, había quedado guardando esa vida joven que hoy le llora, sin duda, la misma por quien escribió:

Y llegarás con santo desprecio a comprender
que la vida se da por placer... por placer...

De él lo esperábamos todo. Tanto lo admirábamos, de tanto lo creíamos capaz, que su palabra no podía ser ya una sorpresa para nosotros, aún cuando se revistiera de las más insospechadas y extraordinarias apariencias.

Porque si miráis con cuidado amoroso en la obra de este artista como pocos grande, encontraréis aspectos innumerables y fluctuantes como las estrías del agua que corre, desordenada por libre, entre las piedras de los campos. El caudal es uno y se precipita hacia adelante, recto dominador de toda valla. Pero en él los dedos del azar dibujan una trama maravillosa, un tejido que ningún telar humano

podrá copiar jamás. Son propósitos que se esbozan sólo un instante y mueren, intenciones secundarias vencidas en la lucha fraterna, minúsculos derroteros hacia el mundo que se abren y se cierran en una renovada y turbulenta indecisión. De las mil facetas de esta multiplicidad el sol arranca un plateado chisperío que de lejos también parece único. Pero el ojo experto descubre lo que hay detrás de los aspectos cegadores, el cabrilleo, la sucesión rapidísima de los innúmeros trazos de luz...

Acongojado, nuestro espíritu no pudo, sin embargo, resistirse a dedicar una línea de homenaje al poeta que tan ampliamente abrevó su horas. Los que le hemos leído, ¿cómo pagaremos la deuda que con él tenemos contraída? ¿Y para angustiarnos más, he aquí que él se va, se hunde en la sombra, se pierde sin ruido en la perspectiva de todas las angustias. Y entonces nos aferramos enloquecidos a lo único que de él nos queda: su recuerdo, y elevándolo en nuestros brazos jóvenes, no queremos ni sabremos dejarlo morir.

RAÚL SILVA CASTRO.

(Mercurio, Santiago de Chile).

La expulsión de don Miguel de Unamuno

EL Directorio acaba de expulsar de España al catedrático de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno. Más que una expulsión, es la de Unamuno una deportación a las islas Canarias, provincia insular de España, lo cual quiere decir que lo privan de Salamanca, pero no de seguir pisando el suelo de su patria. Si él fuera un «hacedor de la vuelta al mundo» como don Vicente Blasco Ibáñez, o un andariego como Zama-cois, le sería indiferente estar en Salamanca, en Canarias o la Cochinchina; pero lo cierto es que él, a lo que parece, nunca ha salido de España, y que todo el gran viajar de su vida se ha reducido a visitar de cuando en cuando la villa y corte y a recorrer algunos pueblos de España. El no ha venido a América a dar conferencias, ni ha pasado los Pirineos, para ir a París, a sentarse a un diván literario de moda, o a la mesa de algún maestro ilustre. Doña Emilia Pardo Bazán se sentó un día al diván de los Goncourt, Pompeyo Gener se jactaba de haber sido un comensal asiduo de Renán; diz que don Vicente Blasco Ibáñez, cuando está en París, es un habitué a la mesa de Anatole France. Don Miguel de Unamuno, no. Este

hombre ha sido un sedentario. Ha pasado toda su vida en Salamanca, dando sus clases, haciendo paradojas y fabricando «pajaritas de papel», cuando no versos, en los ratos libres. Acaso él, a pesar de todo, tenga en el fondo hacia su patria, aquel sentimiento de romántica ternura que hizo irrumpir a Castelar: «Ninguna tierra, ningún aire y ninguna luz son como la tierra, el aire y la luz de España».

Sí, en las Canarias puede perfectamente don Miguel de Unamuno hacerse la ilusión de que está en España, y de que pisa la tierra, respira el aire y se anegan sus pupilas en la luz de España. No es el suyo a la verdad, un verdadero exilio, uno de esos exilios en tierra extranjera que tanto han contribuido a la gloria y al triunfo final de los exilados. Hubiera sido mejor para él,—para su aureola de pensador rebelde y de escritor independiente,—que Primo de Rivera, en vez de mandarlo a Canarias, lo hubiese obligado a tomar un «galeón» para las Américas, o a pasar «los montes», y andar errante y pobre una década o un lustro por las capitales de Occidente. Y a fe mía que él necesita esos viajes; los necesita para desespañolizarse un poco; para dar a su mente